Algunas consideraciones histórico-políticas

Centroamérica.-Contrastes entre el antiguo y el nuevo mundo.-El movimiento en el Occidente.-El futuro

Introducción de la obra La República de Costa Rica en Centro América, por Warner y Scherzer. 1853 - 1854

Una exposición histórica del pasado se considera generalmente como la más apropiada introducción para narraciones de viajes. Más de un lector quizás, busca también aquí primero, un cuadro sinóptico de los acontecimientos sucedidos durante los últimos siglos en los países que describimos. Podríamos comenzar este primer capítulo, echando una mirada retrospectiva a los tiempos en que los españoles descubrieron y conquistaron los hermosos países tropicales del hemisferio occidental; en el que hallaron los reinos de los aztecas, de los incas y de los muiscas, así como en la bella altiplanicie de Guatemala entre los quichés y cachiqueles, una notable semicivilización y populosas ciudades, de las cuales apenas quedan unas pocas huellas. Seguiría luego, una relación del dominio colonial ibérico con su triste uniformidad, la descripción del desarrancamiento de las colonias de su madre patria, y finalmente la historia moderna de estas repúblicas independientes, cuya característica la forman principalmente los pronunciamientos de la soldadesca y el régimen dictatorial de ambiciosos cabecillas militares.

Para no cansar al lector ya desde el principio de esta obra, con la narración de acaecimientos históricos cuyos pormenores ofrecen una lectura más bien penosa que de atractivo interés, aplazamos este párrafo histórico para el final. Principiamos con algunas contemplaciones sobre lo más cercano: sobre la situación de Centro América respecto de la del Norte, y la posición y el desarrollo del hemisferio occidental enfrente al antiguo oriental. El Nuevo Mundo se hace para el Viejo, siempre más atractivo e importante, a medida que los grandes y crónicos males de Europa, su superpoblación y pauperismo se extienden. La América Central, por la forma plástica de su suelo y por circunstancias climatológicas no sólo es habitable en su mayor parte, sino hasta saludable, y agradable para emigrantes de la zona templada. Es ésta una verdad que sólo parecerá nueva a aquellos que juzgan el clima y la temperatura de los países según su posición hacia el Ecuador o los Polos y que desconocen la influencia transformante que produce la elevación del suelo en las variaciones del clima. El carácter montañoso predomina en la región de los Estados de Costa Rica, El Salvador, Guatemala y en Honduras; sólo Nicaragua tiene relativamente más llanuras bajas y un clima demasiado cálido. La mayor parte de las llanuras y valles altos de esos Estados gozan, al contrario, de una eterna y suave temperatura primaveral que nunca despoja la vegetación de su verde ornato; sus habitantes nunca tienen menester

de medios artificiales de calefacción; eso les permite usar, sin perjuicio, todas las fuerzas del cuerpo y del espíritu para el trabajo. Hay que exceptuar solamente las llanuras profundas por su aire cálido, húmedo y enervante.

La sección siguiente que trata de las circunstancias físico-geográficas de Centro América, puede darle al lector un cuadro más claro de ésta. La mayor parte de Centro América, desgarrada desde su separación de España por la anarquía y las guerras civiles, ha entrado ahora en una época de tranquilidad que hace prever un período de transición para condiciones de vida más ordenadas y felices. Por doquier desde la altiplanicie mexicana hasta el istmo de Panamá, presienten los pueblos un próximo cambio de su situación que los forzará probablemente para beneficio de sus países, aunque para perdición de la raza hasta aquí dominante, a unirse al pabellón estrellado de *"La Unión"* y girar como satélites en la misma órbita de este planeta.

Un poder providencial más fuerte que la voluntad humana obliga a los neo-hispanos a adherirse a este movimiento tan penoso para su raza. Ella presiente y teme con razón que un obligado abrazo de unión inferiría al tronco más fuerte a ahogar al más débil. Podrá este último, según ellos, en las mejores condiciones, solamente vegetar, o mejor dicho, lentamente languidecer, modesta y humildemente bajo la sombra del árbol colosal de la Libertad, el nogal americano del Norte (1). Mientras que el nogal nórdico levantará independiente y poderosamente su sima hacia el sol, los plantones del tallo más débil sólo gozarán de tanta luz y aire cuanta aquél les conceda. Nadie ignora que los países mismos se beneficiarán por la trasplantación de una raza enérgica; vendrán con los yanquis los capitales, los bancos, el movimiento comercial, la industria, la inmigración, los ferrocarriles, los vapores y las buenas carreteras. Pero perderá entonces la raza española en estas hermosas regiones, donde la naturaleza ofrece tan benigna de por sí todo lo que el hombre necesita para la mera existencia, el privilegio de poder abandonarse enteramente desatendida de los gigantescos progresos de la civilización vecina, a una dulce indolencia, disfrutando asimismo de los privilegiados goces sobre otras razas y conservando su soberanía política.

Como el más natural y quizás el más eficiente medio de salvación, contra la anexión forzada o el ser absorvidos por el Norte, se ofreció a los neo-hispanos la Federación. Todos los pueblos de raza predominante hispanoamericana deberían unirse en una fuerte contraalianza dirigida contra la Unión Americana; una liga tal tendría a México como su guía natural, al que podría anexarse no sólo Centro América propiamente dicha, desde Guatemala hasta Costa Rica, sino también la parte sureña del Nuevo Continente. Para conseguir este fin se necesitaría, empero, no solamente un vigor racial parecido, sino también aquel espíritu de asociación que tan grande y fuerte hizo a la república del Norte. Deberían cesar asimismo en estos Estados aquellas mez-

---

(1) El tronco del Hickory (Juglans Sulcata), uno de los más altos árboles de los bosques de Norte América, sirve ahí en las fiestas nacionales como árbol de la Libertad, que sostiene la bandera estrellada de la Unión.

quinas rivalidades de particularismo y el gusto por el aislamiento de cada una de las provincias y capitales, pero particularmente el egoísmo y la ambición de los jefes de partido.

Todas las pasiones privadas deberían subordinarse al gran objetivo nacional atropándose bajo la divisa: *"independencia de la nacionalidad hispanoamericana, íntima unión de todos los pueblos de lengua española y ninguna federación con razas extranjeras."*

Pero ha sucedido lo contrario de todo esto. Los territorios de los virreyes españoles y de las capitanías generales, se disolvieron en repúblicas cada vez más pequeñas.

Cada provincia algo alejada trató de sustraerse del influjo político de la capital. En vez de unirse contra la raza extranjera, se encendió la lucha interior de un Estado contra otro Estado y de una provincia contra otra. Aquel antiguo espíritu provincialista español, reprimido opresivamente por el despotismo de los gobernadores reales en América, levantó después de la liberación otra vez poderosamente su cabeza multiforme. Todas las pasiones egoístas se hicieron valer, nadie quiso someterse voluntariamente en interés del gran conjunto. Nadie reparó en los clamores de advertencia que predicaban concordia y unión política contra el mayor de invasión de una nacionalidad extranjera más fuerte. Los déspotas de la República de Honduras llegaron hasta ofrecer a los norteamericanos la venta de una parte de su territorio y una alianza política, no por simpatía hacia los yanquis, sino por odio, envidia y sed de venganza contra la vecina república de Guatemala.

Un egoísmo empedernido es quizás el rasgo de carácter predominante de los hispano-americanos. Este rasgo es tan fuerte que reprime por sí solo todo impulso del elemento nacional de remontarse y aún al patriotismo le corta las alas. Basta este solo rasgo para condenar a las repúblicas neohispánicas a una impotencia política perdurable contra los norteamericanos, aún si poseían efectivamente un correcto conocimiento de causa de su situación y una clara visión del futuro; mientras que, en vez de esto, sólo están penetrados de una vaga inquietud del futuro, que llena sus cabezas y paraliza sus energías. En vez de reconocer sus propias equivocaciones para elevarse del envilecimiento político y aprender de su adversario el secreto de su fuerza, se busca en los días más recientes, el embriagarse con la fanfarronería mexicana.

Nadie cree en serio en la capacidad de resistencia de los Santa Annas, los Carreras y otros machetones, contra las fuerzas poderosas y los hombres del Norte. Pero como medios de aturdirse sirven tales fanfarronadas contra los presentimientos atormentadores del porvenir.

Quien ha comprendido bien la impotencia política de estos pueblos y la desconsoladora y desesperante de todos los Estados hispano-americanos en los cuales sólo por una pacífica inmigración del Norte, es decir, por una mezcla de razas que transformara totalmente el modo de ser de las del Sur, y despertara en ellas nuevas energías y un nuevo espíritu, podría ser indu-

cido a adoptar para estos Estados el espantoso lema que el autor de la *"Divina Comedia"* puso sobre las puertas del infierno. Se podría aconsejar sencillamente a la América española el conformarse con asiática resignación con su suerte y adoptar el *"Allah Kerim"* como divisa de su política; con otras palabras: "Dejar seguir su curso a la fatalidad". La naturaleza misma parece haber rehusado a estos pueblos mezclados con sangre de indios, el medio de dominar su letargia o esfuerzo propio.

Es una fuerza rara esta fatalidad que conduce a los pueblos, medio voluntaria, medio forzadamente por su propio camino, a los unos cuesta arriba, a los otros cuesta abajo. ¿De qué sirve contra eso una resistencia impotente y un rechinar de dientes? ¡No podríais de este modo conmover el destino que incontrastablemente os lleva al abismo!

Que entre todos los Estados del mundo solamente la república Norteamericana en el hemisferio occidental y el gran Imperio de los Czares en el antiguo continente, son los que poseen una casi ilimitada capacidad de expansión y un futuro infinito, lo sabe hoy todo hombre conocedor de las circunstancias actuales. Unas grandes potencias han alcanzado ya y conservan la cima del poder, como Inglaterra, que llevará todavía por largo tiempo el cetro de los mares, pero que ya no puede contar más con una expansión y robustecimiento de sus colonias; otras no pudiendo franquear los límites en que la naturaleza las ha enclavado, decaen visiblemente, como Francia. Algunos estadistas franceses lo han reconocido, aunque tal confesión ha de haber costado mucho a la vanidad francesa. Y por abigarrada y brillante que aparezca la librea imperial que se hace tornasolada con los cambiantes deslumbradores del nuevo barniz de moda muchas efemérides políticas no ocultan a los ojos del observador extranjero la carcoma interna y la impotencia política. La gran nación consumiendo ya muy perceptiblemente su capital de tiempos pasados. La *"Gloire"* ha envejecido. Ya no reverdecen los laureles con fresca sabia en la tierra hogareña, sino se conservan en el herbario poniéndose cada vez más secos y enmohecidos. No pueden renovarse los días y el brillante sol de Marengo y Austerlitz. La vanidad francesa está reducida a pintura en los lienzos del Louvre y los tapices de Versalles. Rasgos de pincel en vez de hechos. Un sol pintado en vez del alumbrador y cálido astro central. La conciencia de una debilidad prematura, después de tempestades juveniles rápidamente pasadas, es para las naciones, lo mismo que para los individuos, tan triste como vergonzosa. Querría uno deshacerse de ella a toda costa. Los estadistas curanderos echan mano para ello a todas las cajas de remedios, pero en vez de medicinas fortificantes, sólo encuentran estimulantes cuyo uso sólo acelera el trastorno interno. Coloretes y pelucas dan a veces una apariencia de juventud prolongada, pero nunca curan el reuma de los viejos ni hacen brotar un bucle juvenil en cabezas calvas. Esos artificios engañosos, solamente añaden al dolor del marasmo interno la burla del extraño y la maldición que acarrea lo ridículo. Llena de desesperación de no poder llevar a cabo lo que el Gran Federico se creía capaz de realizar en caso de que la suerte lo hubiera llevado al trono francés, prohibir a toda

Europa el cañoneo sin la aprobación francesa, se resolvió un día lanzarse a la industria. Francia debía, como Inglaterra y los Estados Unidos, convertirse en un gran Estado mercantil e industrial fundando colonias, aumentando su marina y enriqueciéndose gustosamente para sustituir la *"Gloire"*. Pero conferir al carácter nacional atributos que no posee, es cosa que está por encima del poder de autócratas mortales. Las sociedades navieras francesas decaen siempre más; y en tonelaje apenas pueden competir con naciones medianas, aún menos con Norteamérica como se nota evidentemente del movimiento marítimo entre el Havre y Nueva York en el cual los americanos demuestran a los franceses tan claramente su poderosa superioridad. Argel ha quedado siendo una posesión estéril y costosa. Las colonias insulares francesas sólo se mantuvieron por medio de altos impuestos sobre el azúcar de remolacha. La industria francesa se limitó la mayor parte al mercado interior y aún aquí mismo sólo floreció por medio de aranceles protectores y monopolios. Es una dicha que la naturaleza haya dado a Francia el buen vino, y que no todos los pueblos extranjeros se hayan condenado voluntariamente a no beber más que agua como el pueblo de Massachusetts. Suerte cruel que la nación francesa, aún bajo el cetro de un gran hombre, haya sido destinada a prensar sus uvas para bocas extranjeras, a representar sus grandes hechos antiguos en las tablas como comedias, y a ejercer su soñada dominación mundial solamente por medio de revistas de modas parisienses (1).

Que Rusia y los Estados Unidos desempeñan ya en la historia contemporánea un papel incomparablemente más importante que Francia, es cosa que hoy la siente bien hasta el mismo especiero francés, si no le han escamoteado el resto de su sentido común con sus mentiras y frases el señor *Granier de Cassagnac* y el doctor Véron. Según todas las señales políticas, el desarrollo actual de esos Estados es todavía pequeño en comparación con la grandeza que les reserva el futuro. Cada año se ven centenares de brazos de la juventud brearense de ambos hemisferios, moverse más fuerte e impetuosamente hacia ellos. El espacio que está en la esfera de su actividad es ya hoy más extenso que el del Imperio Romano cuando llegó a su máximo poder. Silenciosamente ambos Estados han ido desarrollándose en gigantes, y es esto lo que les parece raro a los escritores políticos de Francia: que ahí se haya realizado tanto que vale, sin golpes de efecto o cohetes, como ha sido siempre costumbre a la orilla del Sena.

---

(1) Franceses sobrios que hemos encontrado individualmente dispersos en el extranjero, nos confesaban que Francia hoy ya no representa en Europa el papel preponderante de antes, pero opinan que Francia posee todavía un medio, aunque peligroso y desesperado, de apoderarse otra vez de la hegemonía política. ¿Pero qué feliz soberano se atreverá a correr los riesgos de tan desesperada tentativa? El antiguo Dios Eolo que encerró las tempestades en sus odres cuando le habían soplado muy rabiosas afuera, ya se ha perdido hace mucho tiempo. No se sabe ya la fórmula mágica con que se amansan los espíritus cuando los duendes se vuelven demasiado frenéticos. "No se sabe cómo conjurar de nuevo los palos de escoba embrujados a volver sus cubas de madera, cuando inundan la casa, con demasiada agua roja."

El gran poderío ruso sólo ha podido desarrollarse por la autocracia más irrestricta y por una organización totalmente militar, hasta llegar a obtener su fuerza actual y despertar elementos todavía más gigantescos de poder, de que pueden disponer los conquistadores futuros. Todos los sucesores del Gran Pedro, aún las mujeres, han trabajado en este sentido y conseguido transformar todo el país en un cuartel, toda la nación en una gran máquina, cuyo rodaje descansa en las manos del amo que las hace moverse o no, tanto tiempo y en la dirección que quiera; una máquina que puede servir lo mismo para destruir que para construir.

El terrorismo de una disciplina férrea hizo el duro y áspero carácter ruso, poco a poco, perfectamente dócil. Luego se ensayó aplicar la misma camisa de fuerza a los inconstantes pueblos de la Ukrania y de la Nueva Rusia y siempre con maravilloso buen resultado. Los indómitos cosacos fueron domados y disciplinados, y se les utilizó para uncir el nuevo yugo a otros pueblos habitantes de las estepas: tártaros, curgos, calmuckos, etc., aún a los mismos curgos y a los yesides, adoradores del diablo. Se acomodó maravillosamente el sistema ruso a todos los pueblos donde ha soplado el aliento mongólico y se consiguió por la vía del terror y de la esclavitud hasta lo increíble.

El espíritu nómada de los pueblos de la estepa fué quebrantado; errabundos como los nagayos y los tártaros de la Crimea fueron forzados a establecerse en lugares fijos. Todo su carácter nacional cambió. Los cosacos, antes un pueblo poético y rico en canciones, como es sabido, cesaron de cantar, recibieron disciplina militar y manifestaron aquellas tristes caras de autómatas que se ven hoy a la orilla del Don y del Cubán. Los tártaros de la Crimea y los nagayos antes tan marciales y fanáticos, se volvieron mansos, adoptaron costumbres pacíficas y si todavía maldicen hoy al *Giaur*, sólo murmuran el juramento en voz baja e incomprensiblemente entre la barba. Por todas partes tiene la autoridad el "Ukase" que ha impuesto silencio al Korán. Todos se acostumbraron a la nueva forma rígida. La voluntad libre del individuo pereció. La multitud no oía más que la voz de mando irritada del capitán y su fantasía se llenó sólo del temor al knut. Hasta los gitanos de la Crimea, cuya vida errante había desafiado todas las transformaciones históricas y a través de una larga época había recibido una especie de sanción, fueron arrancados de sus cuevas, tuvieron que aceptar la casaca gris y permanecer mudos e inmóviles como postes o bien moverse como ruedas de reloj a la orden del sargento. Desde el Neva hasta el Araxes, desde el Vístula hasta la orilla nevada de Kamchtka, rigió una inmensa escuela de reclutas, una estructura monótona de cuartel que oprimía por su peso, pero sin precedentes en magnitud. Las pirámides de Cheops y el Gran Muro de Chan-Siang-Wang parecen juguetes de niños en comparación con la nueva estructura rusa.

Si un objeto inmenso santifica también los medios más espantosos, es cosa sobre la cual no ha pronunciado todavía su último fallo el juzgado

de los filósofos de la historia. Siempre resulta horroroso el método de transformar no sólo individuos que piensan y actúan libremente, sino también un pueblo entero y hasta centenares de pueblos en máquinas, rebajar la viva "imagen de Dios" a un ser humillado, a un buey bajo el yugo. Pero son indiscutibles los grandiosos resultados producidos por este espantoso sistema. Países que parecían para siempre inaccesibles a una organización de policía, fueron organizados y recibieron sus gobernadores, sus Natchalniks y sus Ispravniks, pueblos que parecían perdidos para siempre para la cultura, fueron desacostumbrados de su antigua manera de vivir y obligados a construir caminos y aldeas y a sembrar patatas. El fanatismo mahometano, lo mismo que la suciedad judío-polaca, cedieron al compás ruso. Desde los bosques de los polacos hasta las estepas de los tunguses, por todas partes se creó orden y seguridad, solamente no preguntéis a los pueblos cómo. Basta decir que el éxito es sin paralelo en la historia y que el Estado Ruso ha edificado con su sistema un fundamento como ningún otro imperio antes que él.

La situación y las condiciones rusas que habíamos observado durante muchos años en dos hemisferios no nos han causado ninguna admiración, pero sí, nos han arrancado un asombro espantoso. Habríamos deseado que estuvieran a nuestro lado estos filósofos alemanes que atribuyen a la idea sola un poder invencible para que se convencieran por sus propios ojos de que también la fuerza bruta cuando se emplea con método y férrea consecuencia, vence obstáculos al parecer insuperables y realiza lo increíble. Quien no ha observado en sus peculiaridades internas lo que ha creado el sistema ruso, tiene, por lo menos, examinando imparcialmente la historia contemporánea, que reconocer, si su odio a Rusia no es más grande que sus facultades de reflexión, los éxitos exteriores de esta nación que en un futuro no lejano no podrían ser negados ni aún por aquellos que hoy se burlan del coloso con pies de barro. Hemos visto tan a menudo la ceguedad precipitada de políticos cortos de vista, que no nos puede sorprender el frívolo grito de triunfo que se levantaba en cada uno de los aparentes e insignificantes éxitos de las potencias occidentales contra Rusia. No se reflexiona fríamente ni se confiesa con franqueza que solamente la supremacía de los aliados en el mar y la actitud amenazante de Austria, impiden al coloso un movimiento peligroso. El mismo coloso ha demostrado en la historia de nuestro siglo que sus piernas son de materia sólida y que bien podría moverlas sin tropezar o sin derrumbarse. Aún una gran derrota lo afectaría sólo momentáneamente. Se levantará después de breve caída, más amenazador y belicoso que nunca. Muchos reinos y pueblos que hoy triunfan orgullosamente tendrán que juzgar de manera distinta la solidez de estas piernas, no como ahora en las pasajeras embriagueses de efímeros triunfos. Rusia ha escogido el águila doble como símbolo de su dominación mundial. El ave de rapiña tiene puesta su mirada hacia dos rumbos opuestos. Le enseña, tanto a Europa, como a Asia, sus garras codiciosas. Una sola presa no le basta ya a su apetito; sus

garras le parecen bastante afiladas y grandes para agarrar y conservar ambos continentes y sus alas suficientemente extensas para cobijar bajo su negra sombra todo el hemisferio oriental al que no penetra ningún rayo de luz.

Norteamérica está habitada por los antípodas de Rusia. Aquí (en Norte América), se ofrece al observador un complejo de Estados no menos magno, pero enteramente distinto en sus elementos y en la naturaleza de sus fuerzas movibles. Un "Ukase" traslada en el Oriente a poblaciones enteras de un extremo al otro del Imperio. Le impone a los pueblos su lengua, sus costumbres y su traje. Los Dujoborses tienen que abandonar el río de leche y colonizar las ásperas montañas de Ajalsije; los judíos de la Rusia Menor tienen que quitarse su kaftan, cortarse la barba y ejercitar tanto el sábado como los otros días; los polacos tienen que aprender ruso.

En Norteamérica suceden semejantes y aún más grandes metamorfosis, pero con elementos enteramente diferentes de estímulo. Una inmensa emigración se arrolla del Este al Oeste, no aguijoneada por las lanzas de cosacos sino por afán de hazañas, por ansia de ganancia y por anhelo de cambio y movimiento, talvez por instinto. Aún la gran inmigración atraída anualmente de Europa hacia América, es casi insignificante, comparada con el movimiento interno en los Estados Unidos. Al joven habitante de Massachusetts, ya le parecen los Estados de la Nueva Inglaterra demasiado poblados; no le ofrecen campo bastante para su afán de sobresalir por sus hazañas. El hijo del hacendado de Pennsylvania no quiere permanecer más largo tiempo en el Estado "Clave de bóveda", que la asiduidad alemana ha transformado en un jardín. El sabe que el terreno que está más allá del Ohio es tan fértil como éste y no cuesta ni la quinta parte. El padre le da dinero para el viaje y su bendición; y así el robusto hijo del finquero constituye su nuevo "Block House", en el Missouri y traslada a la estepa la actividad de Pennsylvania. Muchos ni ahí se sienten a su agusto, pues han oído hablar del clima más benigno y del suelo aurífero de las Montañas Rocallosas. Entonces vuelven a emprender viaje y pasando las Montañas Rocallosas van a Oregón y a California.

También los yanquis conocen, como los rusos, el secreto de metamorfosear la naturaleza de las estepas. En vez de cosacos, envían sus batallones de colonos con rifles y arados, delante de los cuales desaparecen pueblos nómadas y búfalos. El nuevo territorio es poblado y organizado a la manera americana, es decir, que recibe una constitución municipal, escuela, iglesia y juez de paz en vez del Ispravnik y del reglamento en ruso de policía. Se gobierna por sí mismo y prospera. Se mueven los brazos y surgen lindas casas de habitación. El maíz, el trigo y las patatas, reverdecen y maduran y no por orden de "Inspectores de patatas" (1).

El dollar ejerce en el Nuevo Mundo un poder semejante al del temor

---

(1) Los tártaros de la Crimea no tenían ganas de sembrar patatas, porque este cultivo era algo nuevo para ellos. Pero tuvieron que cultivarlas y recibieron un inspector para este objeto. ¡Ay del tártaro que se atrevía a contrariar a un inspector de patatas!

de la policía y del látigo "knut" en el Viejo Mundo, es decir, estimula la actividad. Todo el mundo lo respeta, todos se inclinan ante él. Aún los indios Sioux y los Iroqueses se acostumbran a calcular en él; el judío ortodoxo a orillas del Hudson, sabe tranquilizar su conciencia cuando se embolsa el sábado sus dineros. El carácter anglo-americano se contagia irresistiblemente, imprime su sello a cada territorio recién adquirido rápidamente y acepta él mismo, poco o nada de lo extranjero. El inmigrante europeo así como el antiguo colono de Louisiana sacrifica su idioma. Aún en la Nueva Orleans se habla cada vez menos el francés y los jóvenes criollos van a las escuelas americanas.

Se ha elogiado, no sin razón, el progreso y la cultura implantados por parte de los rusos en las estepas a orillas del Mar Negro. El cuadro que ofrece esta civilización impuesta a la fuerza, es todavía más halagüeño que el horror de ruinas y decadencia en las provincias vecinas de la Turquía Asiática y en Persia. La gran ciudad comercial de Odessa, recibió la piedra fundamental ya bajo el reinado de la Emperatriz Catalina, y no son más antiguas las florecientes colonias de hoy de los Mennonitas alemanes en el Molochna, Nikolajeff, Sebastopol, Jalta, Kerch, Marianópolis y Berdjanks, que nacieron, en parte, más tarde, ya en los tiempos más modernos (1). Todas sus ciudades limpias, grandes o pequeñas, con calles en línea recta, tiradas a cordel y con habitaciones uniformes, semejantes a cuarteles. También la mayor parte de los caminos reales, las fortalezas y la muy importante flota de guerra del Mar Negro, no se formaron sino bajo el gobierno del Zar Nicolás.

Sin embargo, el progreso cultural de la estepa rusa del Sur no tiene comparación con el impulso progresivo de las regiones montañosas y de las estepas de Illinois, a la orilla del Mississipi y Missouri, y en el Oeste de los Grandes Lagos de agua dulce. El número de vapores en el Mississipi, y sus afluentes, por sí solo, es superior al de los buques de tres palos de toda la marina mercante y de la armada rusa. En los Estados de Iowa y Wisconsin, se construyen en un año más ciudades, que a la orilla del Mar Negro en medio siglo. Las locomotoras resuellan ya sobre sus vías férreas a través del desierto que hay entre el lago Michigan y el Mississipi superior; y se habla más seriamente que nunca de continuar el ferrocarril a través de las estepas de la Indiana, pasando por las Montañas Rocallosas hasta California, mientras que la ciudad comercial de Odessa se lamentaba de que se le dificulta mucho, por falta de buenas carreteras, introducir el trigo de Volhynia y Podolia.

Este monstruoso tráfico, producto de una actividad creadora, este torbellino de energía que sopla desde el valle del Hudson hasta el de Sacramento, si no el más brillante espectáculo, es ciertamente el más digno de verse y el más beneficioso que jamás ha ofrecido la historia de una nación joven.

(1) Lo que ahí existía antes era un conglomerado de miserables cabañas que no merecían el nombre de ciudad.

Tan grandioso y sólido a la vez no ha sido el debut de ningún otro Estado del mundo, ni siquiera de la Antigua Roma, que necesitó siglos para llegar a ser una gran potencia mundial; además, fundaba aquella su esplendor en la miseria de pueblos sojuzgados, mientras que el americano hace que gocen de sus magníficas ideas también todos aquellos que vienen a él, hasta los habitantes de países conquistados, con excepción, por cierto, de los pobres negros que considera el yanqui, no como sus iguales, sino como animales domésticos.

Ya se ha descrito reiteradamente el presente norteamericano; sin embargo, cada nuevo visitante encontrará más grandiosa la impresión de conjunto que la que recibió de una descripción impresa. Pues el progreso y los cambios, son ahí más rápidos que las prensas tipográficas de Leipzig y lo que en el manuscrito del autor fuera todavía verdadero y exacto, es a menudo ya anticuado e incorrecto, cuando la descripción impresa del viaje ha atravesado el Océano en la bolsa de un emigrante.

El cuadro actual de circunstancias en la parte occidental de Norte América, es, por lo menos, aproximadamente conocido. De Oregón y California, llega el conocimiento de sus peculiaridades, menos frecuentemente a Europa. ¡Y qué transformaciones han sucedido en aquel Extremo Oeste desde que el Señor Gerstäcker lavó oro en el río Sacramento, vió osos y favoreció la "Gaceta General" (Allgemeine Zeitung) con sus artículos! Como Centro América es una de las puertas de tránsito de las más animadas que media entre el tráfico del Este y el Oeste del Nuevo Mundo, rara vez pasaba una semana sin que conociéramos gentes que venían de San Francisco y nos describían el progreso del movimiento del Noroeste. Permítanos el lector decir algunas palabras sobre el presente de estos países.

La emigración hacia California se divide en tres rutas principales; la de Council Bluff, a la orilla del Missouri, por tierra al través de las estepas, pasando sobre el sendero del Sur; el "South Pass", de las montañas Rocallosas, atravesando por la orilla el Lago Salado, donde los viandantes descansan habitualmente y recobran aliento en el territorio de los Mormones. Generalmente, viajan con los grandes vapores del Missouri hasta Council Bluff. Los más pobres y audaces emigrantes siguen de preferencia esta dirección. Quizás llegue a su destino el mayor número de peregrinos por esta vía, pero muchos perecen de hambre, sed y enfermedades o a manos de los indios. La mayor parte de los pudientes, escogen el camino por Panamá. El ferrocarril del Istmo se acerca a su conclusión. La vía por Nicaragua es todavía un poco más corta y las líneas de vapores de Nueva York y Nueva Orleans, hasta Greytown, son igualmente muy visitadas por los viajeros. A pesar de la distancia, de lo costoso del viaje y del rendimiento decreciente de los lavaderos de oro, por lo menos en las orillas del Sacramento, siempre sigue creciendo el torrente de emigración hacia California, en estas tres vías principales. Consecuencia natural de esto, es la creciente importancia de Centro América, por su situación entre ambos océanos y como el más cómodo lugar

de tránsito, no sólo entre el Este y el Oeste de América, sino también entre el Nuevo Mundo y el Asia Oriental. Con Panamá y Nicaragua compite en este punto también el Estado de Honduras.

Los primeros felices aventureros que hace seis años remontaron el río Sacramento y penetrando en sus valles contiguos, ricos en oro, volvieron a su hogar con las bolsas llenas, apenas reconocerían ahora aquellas desiertas localidades. Quizás ningún país del mundo ha cambiado tan notablemente en tan corto lapso. No sólo a ambas orillas del Sacramento y del río San Joaquín se han formado poblaciones en todas las regiones que no están expuestas a las inundaciones, sino también en el American River, en los Yuba y Feather River, están la mayor parte de las llanuras y las colinas montuosas ya cubiertas de bellas poblaciones que se extienden hasta el río Klamath, bajo el grado 42 de latitud Norte. En todas partes se lava oro y a los robustos mineros los siguen cantineros y comerciantes ambulantes, a los cuales a su vez se asocian agricultores y artesanos de todas clases. La riqueza en oro, la fertilidad de la región, un cómodo lugar de desembarque para los vapores y algún otro azar, deciden el surgimiento de una localidad, que en pocos meses se convierte en una aldea y en pocos años en una ciudad animada.

Los americanos no son constructores de muy buen gusto, pero sí son los más rápidos y hábiles del mundo. Hoteles de cuatro pisos y almacenes de mercaderías parecen brotar del suelo en una noche, como los hongos o como el palacio maravilloso de Aladino. Así han nacido en unos pocos años, una serie de ciudades y aldeas florecientes, desde Washington en la parte superior del río San Joaquín hasta Trinidad City; todas con sus iglesias, edificios escolares e imprentas para periódicos, que al igual que los hoteles y pensiones, se construyen generalmente ya a principios de la colonización. Igualmente exuberantes crecieron las ciudades cerca de la orilla del mar, donde algún puerto cómodo, un suelo apropiado para la agricultura, o alguna otra ventaja material, hizo esperar algún crecimiento y apiñó a los nuevos habitantes. Así las ciudades de Sonora, Napa City, Vallejo, Benicia, Martínez, Stockton, Santa Clara, San Juan, Monterrey, Soledad, San Antonio, San Miguel, y una Nueva York californiana, se han desarrollado en parte de la nada, y en parte, de localidades absolutamente insignificantes. Casi ninguna de éstas figura todavía en los manuales de geografía a pesar de ser más grandes y populosas qu las capitales de Lichtenstein, Reusse-Lobenstein y otras afortunadas residencias de príncipes soberanos del Antiguo Mundo.

A orillas del Sacramento, del Feather y del Río San Joaquín, navegan los vapores activamente de arriba a abajo, desembarcan en todos los puntos colonos y traen nuevos buscadores de oro o agricultores, hasta las regiones más solitarias. Las grandes ciudades de Sacramento City y San Francisco que tan a menudo ha segado ya el fuego, han dado la prueba de que poseen la virtud del Fénix. San Francisco se ha engrandecido en pocos años hasta llegar a ser una ciudad comercial de importancia mundial y podría apostarse

que dentro de veinte años será más grande y populosa que Filadelfia. Su influencia comercial domina ya todo el Oeste de América y en América del Sur ya se piensa seriamente en exportar sus productos nacionales, particularmente el café y el cacao, a San Francisco, en vez de someterse a los precios vacilantes de los mercados de Liverpool y Londres.

En los tiempos más recientes, California es visitada menos por mineros que por agricultores, artesanos y comerciantes, que fundan ahí una nueva patria. Ha decrecido notablemente el contenido de oro en el tan escudriñado suelo arenoso. Los trabajos de las minas que contienen gangas, no son lucrativos para los especuladores, porque tienen que instalar maquinarias costosas. Ciertamente se dice que entre Trinidad City y Washington, comprendiendo además todas las orillas de los afluentes, cerca de doscientos mil mineros escarban el suelo, pero son en su mayoría veteranos experimentados, acostumbrados a la ruda y penosa vida de las minas, que ya se alejaron de la vida urbana. Los nuevos colonos especulan en los más sólidos tesoros del suelo fértil y magníficos puertos cuya favorable situación geográfica, en caso de una competencia comercial desde el Asia Oriental, ofrecen en perspectiva inmensos beneficios.

Por motivos semejantes influyen también constantemente contingentes de emigrantes al territorio de Oregón. El clima es ahí en relación con el grado de latitud, excesivamente suave, el suelo abundante y el cabotaje en la parte occidental del río Columbia, muy favorable. En todo el valle del Columbia entre Astoria y Oregón City, se mueven ahora manos de labradores competentes. A muchos estimula también la riqueza de los bosques en caza y la ganancia en el mercado de pieles. Notable influjo ejerce ya como estación intermedia de ambos grandes territorios de la Unión aquel joven Estado de los Mormones que en las remotas regiones salvajes de las Montañas Rocallosas ha florecido, a pesar de enormes obstáculos, de una manera que casi parece fabulosa.

También en los territorios del Sur de la Unión se ha despertado un nuevo espíritu desde que los yanquis han asentado pie firme en Nuevo México. Caravanas atraviesan regularmente las estepas de los indios entre Santa Fé y Arkansas, en donde penetran hoy los vapores lo mismo que en el Red River, aguas arriba, hasta dentro del desierto. En todo el valle superior del Río Grande del Norte domina actualmente una actividad comercial, como antes no se conocía en esta lejana región del interior. Además, invade los extremos del Sur, la avanzada de los colonizadores de Texas hasta la desembocadura del Río Grande, donde vuelven a encontrar las vanguardias de los mexicanos.

Que los americanos utilicen lo mejor posible sus conquistas, no lo llevará a mal ningún adversario político. Menos perdonable se juzga su creciente apetito de adquirir tierras después de tan hermosas adquisiciones en el Oeste y en el Sur. Han arrebatado Oregón, California, Texas y Nueva México con todas sus riquezas. ¿Por qué todavía más? ¿Por qué esta tor-

mentosa codicia del bien ajeno? ¿Con qué derecho extendéis vuestras ávidas manos hacia la "Reina de las Antillas" y aún hacia México y buscáis contiendas con el Japón, un pretexto, desde luego, para hacer conquistas también más allá del Pacífico? ¿Por qué enviais vuestros agentes hasta la América Central para agitar en favor de la anexión, cuando estos países están separados por tántos grados de latitud de vuestros Estados del Sur?

Los que se quejan de la insaciable codicia de tierras por parte de los americanos, no meditan las consecuencias necesarias de su situación y no conocen la fuerza del destino. Igual que los rusos, los americanos sólo obedecen a un íntimo impulso irresistible cuando se mueven a expansión. No pueden frenar el aumento de su volumen; sería como atacar el alud en su movimiento descendente. La avalancha rueda y se engruesa por tanto tiempo como el terreno le sea favorable a su curso, y sólo se detiene cuando ha llegado al fondo del valle o pone fin a su curso la muralla de un derrumbadero. Cuando Jefferson adquirió la Louisiana de Francia, no pensaba él mismo que a causa de esto sería necesaria también la adquisición de Cuba, para encontrar ahí un derivativo de la creciente población de esclavos de los Estados del Sur. Los hombres pensadores del mediodía veían en la posesión de Cuba, donde un negro vale un tercio más que en las Carolinas y en la Louisiana, el único medio de desembarazarse de la esclavitud en el Continente. Sólo una tercera parte del territorio de Cuba está cultivado; produce el trabajo de los negros en un suelo tan propicio para el azúcar y el tabaco, casi el doble como en Virginia y en Missouri. Economizarían con su adquisición los Estados Unidos, el considerable tributo que pagan a España para la introducción de artículos coloniales de Cuba, mientras ellos mismos podrían aumentar notablemente su exportación de trigo y mercancías baratas; pues actualmente los españoles tratan de impedir la introducción de artículos americanos por medio de exagerados derechos aduaneros.

La anexión de Texas ha provocado la guerra con México, continuos roces y una guerra con México, están en perspectiva; pues ninguna autoridad en los Estados Unidos está en condiciones de impedir la penetración de los colonizadores de Texas hacia el Sur. Aquí pocos dudan, y mucho menos los mismos mexicanos, de que el antiguo imperio de Moctezuma ocupará y debe ocupar su lugar entre las estrellas del Norte; a los mexicanos, en medio de sus fanfarronadas, les castañean los dientes, y quizás han electo presidente a Santa Anna para que su agonía política no se prolongue demasiado. La posesión de Oregón y California trae consigo la necesidad de extender, primero, el comercio y el tráfico marítimo y más adelante, la conquista del Asia; mientras tanto, hay que adquirir, en Japón y en China, posiciones fijas y obtener de los déspotas de estas inaccesibles potencias por medio de la diplomacia o del cañón, las mismas concesiones que ahí han sido otorgadas a los holandeses y a los ingleses.

Cuando los pacifistas Whigs o la sección moderada de los demócratas en los Estados Unidos se quejan de la expansión precipitada y señalan los

apuros en que la conquistadora "joven América" con su tempestuoso impulso pone a los dirigentes políticos de la Unión, contestan ellos a menudo que "el gobierno de Washington no tiene necesidad de esforzarse, sino bien puede permanecer pasivo y no estorbar el curso de las cosas en su marcha". El espíritu de asociación de los americanos acabará teniendo un formidable aliado en la simple propaganda de la libertad, por sí solo, con esas naciones podridas. Dejándolo hacer al Presidente, pronto se formará una sociedad para pertrechar una expedición a Cuba bastante grande y fuerte para expulsar de ahí a los mercenarios españoles y arrancar de la corona ibérica "la perla de las Antillas". La guerra con México puede ser dada en arrendamiento en lo futuro, en vez de emprenderla otra vez con los recursos del Estado. Una compañía arreglará este asunto más barata y rápidamente. Asimismo, con respecto al imperio japonés, puede que sea lo más adecuado el conquistarlo por acciones (comerciales). Las riquezas de Yeddo, el repleto tesoro de Kubo, hace esperar buenos dividendos, y el gobierno de Washington puede ahorrar de este modo molestias diplomáticas.

La Unión norteamericana es quizás el Estado más singular que jamás ha existido. Emplea fuerzas muy peculiares en proporciones tan inauditas como ningún gobernante y ninguna comunidad política emplearan antes que él. Su espíritu de asociación lo ha traído consigo el yanqui de su filiación inglesa; pero sólo en el suelo americano ha tomado el retoño esta nueva forma y su gigantesco crecimiento. Lo que ha acaecido en Inglaterra en el mismo sentido: los ferrocarriles, las maravillas de la industria, aún la conquista misma del Indostán realizada por una sociedad de comerciantes, nos parece casi insignificante en comparación con lo que ya realizara y aún se prepara a realizar para el futuro la libre asociación en Norteamérica. La compañía inglesa de las Indias Orientales tiene un monopolio, como es sabido; ella domina la India por medio de un ejército numeroso y costoso; sólo hace comercio y no coloniza; ella no imprimió al viejo espíritu de los pueblos orientales ningún nuevo sello, ningún impulso rejuvenecedor y la soberanía del más libre de los Estados de Europa, no pudo ni siquiera conmover ahí el antiguo y absurdo espíritu de casta que se enfrenta tenazmente al progreso civilizador.

Los americanos han realizado sus conquistas con muy exiguas fuerzas militares. Los países ocupados fueron modelados a la manera americana, sin violencia, sólo por el poder superior de la actividad y del espíritu colectivo. Los antiguos pueblos cazadores fueron indemnizados con dinero y cedieron su lugar. Los desiertos se volvieron arables y colosales regiones fueron unidas por medio del vapor, vías férreas y calzadas. Donde el yanqui se establece son superfluos los soldados y los gendarmes. La fuerza amalgamadora del elemento americano no admite ninguna resistencia. El espiritu colectivo de orden y de unidad que entran en todas partes con el americano, el ejemplo de actividades lucrativas que se contagia a otros, produce aquí maravillas todavía más singulares que las que en otra parte obtuvieron la fuerza y el terror.

Si nos pregunta el lector para qué estas largas consideraciones sobre el presente y el futuro de los dos Estados más poderosos del mundo en la introducción de un libro de viajes sobre Centro América, le daremos simplemente por respuesta: que las condiciones de Europa, según hechos visibles, se asemejan siempre más a las de Rusia, y la situación de Centro América, a la de Norte América. Si todos los signos que hay en el horizonte político no engañan, esta semejanza aquí y allá será perfecta dentro de pocos años. Los contrastes entre las instituciones del método de cultura y la felicidad de los pueblos de ambos hemisferios podrán manifestarse entonces siempre más clara y generalmente y se desvanecerán todos los fenómenos híbridos que vacilan entre ambos contrastes. Estas oposiciones son hoy ya el motivo principal de un importante fenómeno de estos tiempos: esta monstruosa emigración del Este al Oeste, que bien podría llamarse una fuga ante el futuro. Los centenares de miles de emigrantes que todos los años navegan sobre el Océano Atlántico tienen en su conciencia y a menudo solamente de un modo vago, pero no obstante profundamente arraigado, la certeza de que al emigrar escapan de sus patrias de grandes penalidades y de una época triste. Tal vez escapen de un caos anárquico o huyan del "tono ruso", expresión con que todo el sistema de la autocracia europea podría ser designado, ya sea ejercida a la orilla del Neva o a la del Sena. Estas tropas de cosacos, regimientos bien disciplinados de centauros de las estepas, a los que entusiasma el "tono ruso" para luchar y morir, grandes ejércitos de "calzones rojos", y aún colosales empréstitos forzosos, pueden hacer que este "tono" influya sobre la poesía, la ciencia y el arte, a aquellas hermosas y nobles manifestaciones que sólo se desarrollan entre pueblos libres, en el efecto pasmoso de las cabezas de las Gorgonas.

Con razón atrae Centro América a los alemanes, pues este país aventaja a Norte América en lo benigno de su clima, la gran fertilidad y otras circunstancias favorables más, que el lector conocerá recorriendo nuestras descripciones detalladas de los diferentes Estados Centroamericanos. Si el coloso alemán encuentra aquí particulares ventajas locales y prospera mejor y más rápidamente porque falta todavía la competencia americana, tan superior, y la flojera de la raza española le permite hacer valer la superioridad del espíritu alemán, puede al mismo tiempo tranquilizarse con la idea de que no durará demasiado su separación de aquella gran liga de Estados libres y de pueblos emparentados con la raza en la América del Norte.

Esta misma grande y cómoda "casa de la Libertad" os alcanzará dentro de pocos decenios, desde el más remoto Norte hasta el Ecuador, unirá todos los pueblos fuertes y rejuvenecidos y será el asilo de todos los que quieran escapar de este aire encerrado y pesado de cárcel, tan extendido en el antiguo continente. Si la gana de emigrar hallara en su auxilio alguna grande y feliz invención como la del sueco Erickson con los navíos movidos por el calor, la ola de emigración aumentará todavía más. Hasta el más pobre diablo hallará medios para escapar de la opresión y de la miseria y para seguir

el impulso de su anhelo. Ahora trabajan todavía tantos individuos contra su voluntad y no sin secretos suspiros, en la enorme construcción del Swing-Úri oriental, mientras que el hemisferio occidental, gracias a las actividades de hombres libres, crece siempre más grandioso bajo el hermoso cielo de Dios.

Si el gigantesco edificio eslavo del Este se parece a un monótono cuartel militar, en el cual apenas se oye un sonido fuera de la orden de mando del capitán, los desfiles y la retreta, el Oeste nos parece a nosotros una inmensa colmena. Cada enjambre se busca el lugar que más le gusta. Cada individuo vuela libremente acá y allá, zumba cuando le dá la gana, trabaja por libre impulso, sin ser forzado y sin vigilante, ama instintivamente la ley y la tradición, almacena en su casita la miel en forma de dólares y sabe que en ésta su actividad reside igualmente su propio bienestar y la grandeza y prosperidad de todo el Estado. El ciudadano libre del gran Estado-colmena "Norte América", reconoce también una reina: "La República."

M. W.

Traducción del alemán por el Profesor Jorge Lines. Año 1944. Pás. 11-25.

Carta inédita

de Don Juan de Mendoza y Medrano al Santo Oficio de la Inquisición de México

Yo Don Juan de Mendoza y Medrano, governador y cappitán general, que fuy de las provincias de Costarrica y como católico y fiel cristiano y aqudiendo a las obligaciones de tal doy noticia y declaro en la manera que debo y puedo a los señores Ynquisidores y ministros del Santo Oficio como en esta ziudad de Guatemala e oydo algunas bezes dezir al Bachiller Lope de Chavarría, beneficiado de la ziudad de Cartago de la dicha provincia y vicario provincial della como Don Alonso de Guzmán gobernador que al presente es de la dicha provincia dijo algunas bezes las palabras que en este escrito yrán declaradas y que sobre algunas dellas como tal vicario provincial y por aber sido rrequerido del alférez Francisco Chacón, corregidor en la dicha provincia del partido de Turrialba y alcalde mayor del puerto de Suerre y por no aver en aquella provincia comisario ni otro ministro del Santo Oficio para dar noticia en el y rremitir la ynformazion esaminó algunos testigos y que estándolos esaminando abiendosele dado noticia dello al dicho governador con la mano poderosa de tal governador estorbó el esamen de los dichos testigos y puso pena al notario si escrivía en la causa por lo qual cesó y se quedó comenzada y las palabras como se las oy al dicho vicario y como las e visto escritas en sustancia son como se sigue: